

decir á su Divino Hijo, á este Cordero que de ella ha tomado la sangre que ha derramado por la salud del mundo: ¡Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, perdónanos, óyenos, ten piedad de nosotros, Señor! ¡Cristo, escúchanos! ¡Cristo, óyenos!

Tales son las Letanias de la Santa Virgen, tal es el sentido litúrgico y doctrinal que ellas contienen y que se exhala del seno de las congregaciones de fieles, cuando, con aquel canto tan admirablemente espresivo de melancólica y llorosa gravedad que vá como surcando cada uno de sus versos, responden por el *Ora pro nobis*, del cual cada golpe, cual los de un ariete que bate en brecha los diversos lados de una torre, conmueve y acaba por ablandar la Justicia celestial, armada contra nosotros por el pecado, y desarmada por la oracion.

Así, María vive en los actos, en las oraciones litúrgicas mas orgánicas, si se puede decir así, de la Iglesia y de la humanidad.

Pero vamos al corazon de la liturgia, al Santísimo Sacrificio, que es el centro, alrededor del cual se despliegan todos sus ritos y todas sus pompas, á la *Accion* por excelencia, á la Misa. Veamos el lugar que en ella ocupa esta Virgen augusta, y midamos por el honor que allí recibe el que debemos tributarle.

CAPITULO II.

La Misa.

Bien pronto entraremos en el estudio de los honores excepcionales decretados para María en la parte variable del Santo Sacrificio que corresponde á cada fiesta del año. En este momento no queremos examinar mas que los que recibe diariamente en el Santo Sacrificio, en su parte constante é invariable, ó sea en el *Ordinario de la Misa*.

La Santísima Virgen está constantemente presente en todo el curso del Santo Sacrificio, como el miembro mas eminente del cuerpo místico, del cual Jesucristo es la cabeza que se ofrece al Eterno Padre por las manos del Sacerdote.

Seis partes pueden distinguirse en el Santo Sacrificio: la primera desde el *Introito* hasta el Evangelio; la segunda desde el Evangelio hasta el Ofertorio; la tercera desde el Ofertorio hasta el Cónon; la cuarta desde el Cónon hasta el *Pater noster*; la quinta desde el *Pater noster* hasta el *Agnus Dei* y la Comunion; la sexta desde la Comunion hasta el fin.

En la primera parte, el Sacerdote se humilla en union con los fieles, y se prepara al Sacrificio por la confesion de su indignidad.—En el Evangelio, profesa su fé y la proclama.—En el Ofertorio, prepara las especies del sacrificio y las ofrece á la Santísima Trinidad.—En el Cónon, las consagra y las transubstancia en el cuerpo y sangre de Nuestro Señor Jesucristo.—En el *Pater noster*, se apoya sobre la adorable victima para tener acceso al Padre Celestial é implorar sus dones.—En la Comunion, por fin, se le asimila y consuma la

union de todos los miembros de la Iglesia con Dios por medio de este divino Gefe.

Veamos, pues, la parte que se ha dado á la Santísima Virgen en cada una de estas seis partes del Santo Sacrificio.

I. En la primera parte se halla el *Confiteor*, en donde, como ya lo hemos visto, tiene ella un rango y un ministerio eminente sobre todos los Santos y todos los Angeles, y en donde recibe en alto grado el culto de honor y de invocacion. —A todo cuanto hemos dicho con motivo del *Confiteor*, se debe añadir toda la importancia de que se reviste este acto religioso, cuando viene á ser preludeo del Santo Sacrificio, y cuando es ejecutado, no por el simple fiel á los piés del Sacerdote, sino por el Sacerdote mismo, inclinado profundamente al pié del altar.

II. El Sacerdote, despues de haberse preparado así por la confesion de su indignidad y por su humilde recurso á la poderosa intercesion de la Santísima Virgen, sube al altar y dice las Colectas con la Epístola, despues el Santo Evangelio, y enfervorizando toda su fé en la doctrina divina, la proclama en el *Credo*. Todavía volvemos á hallar en esta segunda parte á la Santísima Virgen, conforme lo que hemos dicho en el exámen de este símbolo de nuestra fé. Y aquí lo mismo, no es el simple fiel, es el Sacerdote, es toda la Iglesia en coro la que hace resonar las bóvedas de sus templos con los acentos de su fé, y que llegando á este pasaje: *et incarnatus est de Spiritu Sancto ex Maria Virgine, et homo factus est*, se eleva, se recoge y se inclina en una religiosa emocion de respeto, en un anonadamiento de amor y agradecimiento. ¡Qué manifestacion mas gloriosa para la Santísima Virgen María que este solemne homenaje tributado á su divina Maternidad, asociada al Espíritu Santo y al Hijo de Dios hecho hombre en el mas universal y mas antiguo monumento litúrgico de la fé del mundo cristiano!

III. Viene el Ofertorio; el Sacerdote ofrece el pan, ofrece el vino que han de ser convertidos en el cuerpo y sangre de

Jesucristo; en seguida, despues de estos dos ofrecimientos preparatorios, despues de haberse purificado las manos, se inclina en medio del altar en una suprema oblacion que ruega á la Santísima Trinidad la reciba, con la admirable oracion *Suscipe Sancta Trinitas*. En ella son enumerados todos los fines del Sacrificio; entre ellos, inmediatamente despues de la memoria de la Pasion, de la Resurreccion y de la Ascension de Jesucristo Nuestro Señor, se presenta «el honor de la Bienaventurada María siempre Virgen,» *et in honorem Beatæ Mariæ semper Virginis*, antes que Juan Bautista, antes que los Apóstoles Pedro y Pablo, y antes que todos los Santos: honor que se estiende á toda esta gloriosa compañía, de la cual ella es la Reina, y que sirve tambien á nuestra salvacion por su intercesion: *et illi pro nobis INTERCEDERE dignentur in cælis, quorum memoriam agimus in terris*. Los Santos, María á la cabeza de todos ellos, son tambien considerados como motivo del Santo Sacrificio; ellos cooperan á nuestra salvacion en el cielo por su intercesion, en el momento en que nosotros contribuimos á su honor en la tierra por nuestro culto (1); ellos viven, obran, corresponden con nosotros por el mismo Jesucristo Nuestro Señor, el cual, aun en su humanidad, está á la vez en el cielo y en la tierra: *Per eumdem Christum Dominum Nostrum*.

IV. Abrese el Cánon: el Sacerdote se recoge mas profundamente; se aproxima mas al Padre Celestial por una union mas íntima con Jesucristo, su Hijo, Nuestro Señor; reconcentra todas las intenciones del Santo Sacrificio en la memoria de los vivos, que él asocia á la memoria de los Santos por un honor mas profundo tributado á estos, y con recurrir mas espresamente á sus oraciones y á sus méritos. La Santísima

(1) «Cuando hacemos mencion de los Santos en la Misa del Señor, decia San Agustín, tenemos principalmente en cuenta que ellos ruegan por nosotros, á fin de obtenernos la gracia de seguir sus huellas; queremos empeñarlos á interceder por nosotros en el cielo en virtud de la memoria que de ellos hacemos en la tierra.» (*Tractatus 84 in Joan.*)

Virgen vuelve á aparecer todavía allí con una primacia, con un brillo de honor proporcionado á la circunstancia. «Participando de una misma comunión y venerando la memoria, en primer lugar de la gloriosa y siempre Virgen Maria, Madre de Nuestro Dios y Señor Jesucristo, y tambien de los Bienaventurados Apóstoles.... etc.»

La Iglesia insiste aquí sensiblemente sobre la primacia de la Santísima Virgen, sobre su virginidad, sobre su maternidad, sobre su gloria, con espresiones mas ricas que las que ha empleado hasta aquí, y que dan á la solemnidad de esta parte central del Sacrificio un valor mas intencionado: «Venerando, en primer lugar, es decir, para hablar el antiguo lenguaje de San Efrein, como mas Santa que los Querubines, mas Santa que los Serafines, y mas elevada en la gloria, sin comparacion alguna, que todos los ejércitos celestiales (1).» Tal es la fuerza de este *imprimis* de nuestra liturgia. Pero dejemos hablar á un intérprete mas autorizado que nosotros, el sábio y piadoso P. Lebrun:

«*Imprimis gloriosæ*... Es muy justo que la Madre de nuestro Salvador y de nuestro Dios sea puesta á la cabeza de todos los Santos. La Iglesia hace frecuente mencion de ella en sus oraciones, y es principalmente en el Santo Sacrificio donde debe hacerla; pues que la divina Víctima de nuestros altares es carne de su carne.—Las liturgias de todas las Iglesias del Oriente siempre han hecho mencion de la Santa Virgen, con espresiones que denotan la admiracion de los fieles á vista de su grandeza y de su poder para con Dios, y nosotros no debemos pasar sin reflexion los términos de nuestra liturgia, que la ensalzan sobre todas las criaturas.—1.º *Gloriosæ*, por la grande gloria que Dios hace brillar en ella; gloria que ella ha reconocido, declarando que el Todopoderoso ha obrado en ella grandes cosas, y que nos autoriza á aplicarle lo que se dice en Isaías, que la gloria del Señor ha brillado en ella; et gloria ejus in te videbitur (Is. LX, 2).—2.º *Semper Virginis*,

(1) *Sanctior Cherubim, Sanctior Seraphim, et nulla comparatione ceteris omnibus superis Exercitibus gloriosa.*—Orat. de Laud. Virg.

la única que haya sido siempre Virgen, á pesar de ser verdadera madre, y de haber concebido y parido. Privilegio que no se ha concedido ni se concederá jamás á ninguna otra.—3.º *Genitricis Dei et Domini nostri Jesu Christi*, Madre de Dios, porque es Madre de Nuestro Señor Jesucristo, que es Dios... (1).»

V. Mas conmovido el cielo con todas estas invocaciones, se abre á las palabras sacramentales del Sacerdote. En el instante formidable la Víctima Santa ha bajado sobre el altar; el Sacerdote la tiene, y por Ella penetra él mismo en el cielo, avanza hasta el trono del Altísimo y le dice, y nosotros con él:

PADRE NUESTRO... El Padre nuestro, hemos dicho, vá seguido ordinariamente del *Ave Maria* en la liturgia de la Iglesia. Este uso se ha derogado en el Santo Sacrificio de la Misa. ¿Es porque en ella se desprece este honor constante tributado á la Madre de Dios? De ningun modo. Tiene de particular la liturgia de la Misa, que el celebrante, como que no es en ella sino Sacerdote del Altísimo, no habla directamente mas que á Dios en su Magestad soberana; de tal modo, que ni aun á Jesucristo habla, á no ser despues del Sacrificio, en la comunión. Le nombra constantemente, es verdad, pero como á Aquel por quien él habla, no á quien él habla. Nombra tambien muy frecuentemente á la Virgen y á los Santos, pero siempre en tercera persona, recordando, presentando su mérito y sus oraciones, no invocándolos ni honrándolos directamente, para reservarse todo entero á Dios. Hasta tal punto todo es sábio y arreglado y distribuido con número, peso, y medida en esta Iglesia de Dios, en donde el error no vé sino desórden y confusion. Segun esta regla, el *Ave Maria* hubiera sido una anomalía; porque el Sacerdote hubiera hablado, no de la Santa Virgen, sino á la Santa Virgen. Sin embargo, se halla el *Ave*

(1) Esposicion literal, histórica y dogmática de la Misa, segun los autores antiguos y monumentos de todas las Iglesias cristianas, por el R. P. Lebrun, del Oratorio, t. I, pág. 380.

Maria en las antiguas liturgias apostólicas; pero hay motivo para creer que en ellas entraba nada mas que como lectura del Santo Evangelio, y no como salutacion directa á la Santísima Virgen.

Sea de esto lo que se quiera, el *Pater noster* no vá seguido del *Ave Maria* en el ordinario de la Misa. Pero no por esto, y es cosa digna de notarse, pierde allí nada el culto de la Santísima Virgen; porque allí mismo, en vez de la salutacion angélica, se hace gloriosa mencion de la intercesion de *Maria*, por una intencion evidente de la Iglesia, de conservar la relacion del culto de invocacion de *Maria* con el culto supremo de oracion tributado á Dios. En efecto, despues de estas palabras que terminan la oracion dominical, *mas libranos de mal*, continúa el Sacerdote: «Libradnos, os rogamos, Señor, de todos los males pasados, presentes y futuros; y por la intercesion de la Bienaventurada y gloriosa *Maria*, Madre de Dios, y siempre Virgen, así como de vuestros Bienaventurados Apóstoles, etc., dadnos propicio la paz en nuestros dias, etc.» como si la intercesion de la Bienaventurada Virgen fuese la condicion del éxito de nuestras oraciones. Lo que seguramente no es así, á no ser en el sentido de aquella palabra del gran poeta teólogo: «Oh Mujer, eres tan grande y tienes tanto poder, que el que quiere una gracia y no recurre á tí, quiere que su deseo vuele sin alas (1).»

VI. Finalmente, terminada la Consagracion, viene la Comunión. Desde este momento, que comienza con el *Agnus Dei*, el cordero, cuya carne viene á ser el alimento del alma, absorbe la atencion, las oraciones, los sentimientos del que le vá á recibir. Desde aquí habla el Sacerdote á Jesucristo, por el cual solamente habia hablado hasta aquí; y este divino Objeto de todas las potencias de su sér, hace callar á todo lo demás en la inefable intimidad de su posesion. En esta última parte del ordinario de la Misa no se habla de la Santa Virgen, ni tampoco de los Santos, ni aun de Dios, á no ser en Jesucris-

(1) Dante, el *Paraiso*, canto 33.

to. Nadie hay que no aprecie y que no guste, sobre todo cuando se halla en esta situacion, la divina conveniencia del silencio de toda otra palabra que no sea la del alma y de su Dios que viene á ella para consumir allí el prodigio de su amor. Y sin embargo, todavía se puede decir que aun allí está la Virgen presente; porque, como lo recuerda una antigua liturgia, ella es bendecida en union con el fruto bendito de sus entrañas, que pasó á las nuestras, hasta la verdad de aquella sentencia de San Agustin: *Caro Christi, caro Mariae*.

Tan grande lugar ocupa la Santísima Virgen en el Santísimo sacrificio de la Misa. Ella se deja ver allí constantemente, como se dejaba ver en todas partes junto á su divino Hijo en el curso de su vida mortal. ¡Qué honor mas justo, pero al mismo tiempo mas convincente, del culto que nosotros le debemos!

VII. Acaso no faltará quien vea en esta composicion litúrgica de la Misa, tan favorable á la Santísima Virgen, una inspiracion, si no moderna (nunca podrá llegar á tanto la ignorancia), á lo menos inferior á la mas remota antigüedad, y producto de la devocion romana en la edad media. Quien así opine, es necesario renuncie á esta opinion. La memoria de la Santa Virgen en la Misa es de lo mas antiguo y mas universal que hay en la Iglesia. Cuanto mas nos remontamos á la antigüedad, cuanto mas nos alejamos de nuestra época, mas celebrada é invocada la hallamos; mas se halla, mejor se siente, como si nos acercásemos á su persona bendita, la impresion de sagrado respeto, de santa admiracion, de suprema confianza que ella ha hecho en el mundo.

No es esta la oportunidad de establecer la antigüedad apostólica de las liturgias en que esta verdad halla su confirmacion. Lo haremos en nuestra *Esposicion histórica*. Mas creemos deben darse á conocer aquí por algunos extractos, como formando parte de nuestra *Esposicion litúrgica*.

Tomamos desde luego la liturgia llamada de Santiago, Apóstol y hermano de Nuestro Señor, establecida en Jerusalem por los mismos Apóstoles. Ella contiene en cada una de sus paginas la conmemoracion en términos como estos:

Rogamos en memoria de la casta Virgen María, en medio de nosotros, en nuestra oblacion (1).

Todavía una y otra vez conmemoramos la verdaderamente Bienaventurada, y preconizada por todas las generaciones de la tierra santa, bendita, siempre Virgen María, Madre de Dios (2).

En un diálogo que, entre el Sacerdote y el pueblo, precede á la consagracion, despues de haber implorado al Padre Omnipotente, despues de haber bendecido y alabado al Señor:

El Sacerdote: Pero sobre todo hagamos memoria de la Santa, gloriosa, siempre Virgen María, Bienaventurada Madre de Dios.

El Diácono: Acordaos de ella, Señor Dios, y por sus oraciones puras perdonadnos, tened piedad de nosotros, oidnos (3).

En la comunión hallamos espresa esta relacion entre la Eucaristía y la Virgen María, que se contiene también virtualmente en la actual liturgia:

Yo soy el Pan de la vida, ha dicho el Señor; y el que me come con fé, heredará la vida. Acérquese, pues, recíbale y obtenga por él el perdón todo aquel entre los fieles que vea su propio cuerpo con los ojos de la fé, todo aquel que entre ellos sea puro. *Bendita sea María y bendito el Fruto que ha salido de Ella.* Porque nosotros hemos tomado su cuerpo y bebido su sangre para la espacion de nuestros pecados (4).

(1) Virginis puræ Mariæ memoriã agimus apud nos in oblatione nostra.—*Liturgia S. Jacobi apostoli fratris Domini*, LITURGiarum ORIENTALIUM COLLECTIO, opera et studio Eusebii Renaudotii, tomus II, p. 29.

(2) Iterum atque iterum commemoramus vere beatam, laudatamque ab omnibus generationibus terræ sanctam, benedictam, semper Virginem Genitricem Dei Mariam... Id., *ibid.*, p. 33.

(3) *Sacerdos:* Præcipue vero sanctæ et gloriosæ semper Virginis Beatæ Genitricis Dei Mariæ memoriã agimus. *Diaconus.* Memento illius, Domine Deus, et per ejus orationes puras et sanctas, parce et miserere nobis et exaudi nos. Id., *ibid.*, p. 32.

(4) Ego sum panis vitæ, dicit Dominus: et qui manducat mecum fide, vitam hæreditabit. Qui vident corpus ipsum filii cum

En fin, despues de la enumeracion de todas las intenciones ofrecidas á Dios, termina así esta liturgia:

Por las oraciones de la Madre de la vida, la Madre de Dios, María, y de todos los Santos para siempre. Amen (1).

El mismo recuerdo, la misma invocacion de la Madre de Dios en las otras liturgias; en ellas se lee con frecuencia:

Por las oraciones é intercesion de Nuestra Señora para todos nosotros, la Madre de Dios, la Divina y Santa María, y por la de los cuatro luminosos Santos Miguel, Gabriel, Rafael y Suriel (2).

En la liturgia comun á los Etiopes ó Abisinios se halla esta bella salutacion, y esta rica y exacta imágen tomada de las costumbres de aquellas regiones de fuego:

¡Salud, Virgen María, Madre de Dios! Vos sois el incensario de oro que habeis llevado el carbon de fuego, el Verbo Encarnado en vos que se ha ofrecido su Padre en incienso escogido y en precioso sacrificio (3).

En la liturgia de los Nestorianos, llamada por ellos *de los Bienaventurados Apóstoles*, aunque ellos evitan nombrar á

fide: qui inter eos purus est, accedat, illudque suscipiat, et per illud veniam consequatur. Benedicta Maria, et Benedictus Fructus qui ex illa ortus est: quoniam corpus ejus accipimus et sanguinem ejus bibimus, ad expiationem delictorum. Id., *ibid.*, p. 42, 43.

(1) Per precationem Matris Vitæ, Genitricis Dei Mariæ, et omnium Sanctorum in sæcula. Amen. Id., *ibid.*, p. 44.

(2) *Liturgia de S. Basilio:* Renaudot, t. I., pág. 25.—*Liturgia de San Gregorio Nacienceno.* Id., pág. 37.—*Liturgia de los Etiopes,* *ib.*, pág. 488.

(3) Salve Virgo Maria Mater Dei: tu es thuribulum aureum quæ carbonem ignitum portasti, Verbum ex te incarnatum, qui se obtulit Patri suo in incensum præcipuum, sacrificiumque pretiosum. Id., *ibid.*, p. 481.—De aquí el nombre de *carbones vivos* que se dá en el Oriente á las partículas de la Hostia consagrada. (Renaudot, t. II, p. 63.)

Maria Madre de Dios, sin embargo, el Sacerdote en la Secreta de la Misa, dirigia á la Santísima Virgen esta bella oracion, cuya significacion histórica apreciaremos mas adelante:

Madre de Nuestro Señor Jesucristo, rogad por mí al Hijo único que ha nacido de vos, para que me perdone mis faltas y mis pecados, y que reciba de mis manos débiles y pecadoras este sacrificio que mi debilidad ofrece sobre este altar por vuestra intercesion por mí, Madre Santa (1).

En la liturgia de los Jacovitas que siguen la heregia de Eutyques, contrapuesta á la de Nestorio, se lee sin embargo tambien esta bella esposicion de la doctrina, que hace de María el nudo de nuestra celestial adopcion en Jesucristo:

Vos, Señor, por vuestras grandes misericordias nos habeis enviado un Salvador y un Libertador, vuestro único Hijo muy amado: el cual ha salido de vos, ¡oh Virgen! como un rayo de luz que brilla en un ojo puro. El ha tomado la semejanza de un esclavo en un seno bendito, aunque El sea verdaderamente la semejanza de vuestra Magestad: haciéndose hombre en el sentido en que El mismo lo ha querido para hacernos dioses, naciendo de un seno carnal para reengendrarnos de un seno espiritual, haciéndose nuestro hermano para hacernos vuestros hijos (2).

Por esta doctrina radicalmente cristiana, es por lo que hemos dicho mas arriba, que el *Ave María* está ligada con el *Pater noster*: tambien en la Misa, segun la antigua liturgia, que la tradicion hace remontar hasta el Evangelista San Marcos, despues de las súplicas dirigidas al Padre celestial, dice el Sacerdote:

(1) Mater Domini nostri Jesu Christi, deprecare pro me Filium unigenitum qui ex te natus est, ut remittat mihi delicta et peccata mea, et suscipiat ex manibus meis infirmis et peccatricibus sacrificium hoc quod offert imbecillitas mea, super hoc altare, per intercessionem pro me, Mater sancta. Id. ibid., p. 583.

(2) Tu, Domine, per miserationes tuas magnas misisti ad nos Salvatorem et Liberatorem, unigenitum Filium tuum dilectum: qui ortus ex te, o Virgo, tanquam radius ex luce in oculo puro effluens, etc. Id., ibid., p. 358.

Yo os saludo llena de gracia, el Señor es con vos; vos sois bendita entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de vuestro vientre, porque habeis dado á luz al Salvador de nuestras almas. *En voz alta*: En primer lugar, hacemos memoria de la Santísima, inmaculada y bendita, Nuestra Señora, Madre de Dios, y siempre Virgen María (1).

Volveremos á ocuparnos de estos monumentos primitivos; por ahora basta lo dicho para mostrar de qué fuentes antiguas y abundantes han salido las alabanzas y las conmemoraciones de la Santísima Virgen en la liturgia de la Misa, tal cual es hoy dia. Es preciso admirar en ella uno de los mas brillantes testimonios de la vida de María en la Iglesia, es decir, en la fé, en la veneracion, en el amor y en la confianza de las razas cristianas de todos los tiempos y de todos los lugares.

(1) Ave gratia plena, Dominus tecum. Benedicta tu in mulieribus, et benedictus fructus ventris tui, quia peperiste Servatorem animarum nostrarum. *Elevata voce*: Imprimis sanctissimæ, intemeratæ et benedictæ Dominæ Nostræ Dei Genitricis et semper Virginis Mariæ. Id., t. I, p. 135.—El Ave María se halla tambien de la misma manera en la liturgia de Santiago: véase el P. Lebrun, *Liturgia de Santiago*, pág. 311, t. II de la esplicacion de la Misa.